

Salmo 85

1 Fuiste propicio a tu tierra, Jehová; volviste la cautividad de Jacob. 2 Perdonaste la maldad de tu pueblo; todos los pecados de ellos cubriste. 3 Reprimiste todo tu enojo; te apartaste del ardor de tu ira. 4 Restáuranos, Dios de nuestra salvación, y haz cesar tu ira contra nosotros. 5 ¿Estarás enojado contra nosotros para siempre? ¿Extenderás tu ira de generación en generación? 6 ¿No volverás a darnos vida, para que tu pueblo se regocije en ti? 7 ¡Muéstranos, Jehová, tu misericordia y danos tu salvación! 8 Escucharé lo que hablará Jehová Dios, porque hablará paz a su pueblo y a sus santos, para que no se vuelvan a la locura. 9 Ciertamente cercana está su salvación a los que lo temen, para que habite la gloria en nuestra tierra. 10 La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron. 11 La verdad brotará de la tierra y la justicia mirará desde los cielos. 12 Jehová dará también el bien y nuestra tierra dará su fruto. 13 La justicia irá delante de él y sus pasos nos pondrá por camino.

Ezequiel 33:7-20

7 "A ti, pues, hijo de hombre, te he puesto por centinela de la casa de Israel: tú oirás la palabra de mi boca y los amonestarás de mi parte. 8 Cuando yo diga al impío: ¡Impío, de cierto morirás!, si tú no hablas para que se guarde el impío de su camino, el impío morirá por su pecado, pero yo demandaré su sangre de tu mano. 9 Pero si tú avisas al impío de su camino para que se aparte de él, y él no se aparta de su camino, él morirá por su pecado, pero tú librate tu vida". 10 "Tú, pues, hijo de hombre, di a la casa de Israel: "Vosotros habéis hablado así, diciendo: Nuestras rebeliones y nuestros pecados están sobre nosotros, y a causa de ellos somos consumidos: ¿cómo, pues, viviremos? 11 Diles: Vivo yo, dice Jehová, el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino y que viva. ¡Volveos, vuelveos de vuestros malos caminos! ¿Por qué habéis de morir, casa de Israel? 12 Y tú, hijo de hombre, di a los hijos de tu pueblo: La justicia del justo no lo librá el día que se rebeló; y la impiedad del impío no le será estorbo el día que se vuelva de su impiedad. El justo no podrá vivir por su justicia el día que peque. 13 Cuando yo diga al justo: ¡De cierto vivirás!, pero él, confiado en su justicia, actúe con iniquidad, ninguna de sus justicias será recordada, sino que morirá por la iniquidad cometida. 14 Y cuando yo diga al impío: ¡De cierto morirás!, si él se convierte de su pecado y actúa conforme al derecho y la justicia, 15 si el impío restituye la prenda robada, devuelve lo que haya robado y camina en los estatutos de la vida, sin cometer iniquidad, vivirá ciertamente y no morirá. 16 No se le recordará ninguno de los pecados que había cometido; actuó conforme al derecho y la justicia, y vivirá ciertamente. 17 "Luego dirán los hijos de tu pueblo: ¡No es recto el camino del Señor! ¡El camino de ellos es el que no es recto! 18 Cuando el justo se aparte de su justicia y cometa iniquidad, morirá por ello. 19 Y cuando el impío se aparte de su impiedad y actúe conforme al derecho y la justicia, vivirá por ello. 20 Pero vosotros habéis dicho: No es recto el camino del Señor. Yo os juzgaré, casa de Israel, a cada uno conforme a sus caminos".

1º Corintios 10:1-13

1 No quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, y todos pasaron el mar; 2 que todos, en unión con Moisés, fueron bautizados en la nube y en el mar, 3 todos comieron el mismo alimento espiritual 4 y todos bebieron la misma bebida espiritual, porque bebían de la roca espiritual que los seguía. Esa roca era Cristo. 5 Pero de la mayoría de ellos no se agradó Dios, por lo cual quedaron tendidos en el desierto. 6 Estas cosas sucedieron

como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron. 7 Ni seáis idólatras, como algunos de ellos, según está escrito: "Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a jugar". 8 Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron, y cayeron en un día veintitrés mil. 9 Ni tentemos al Señor, como también algunos de ellos lo tentaron, y perecieron por las serpientes. 10 Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por mano del destructor. 11 Todas estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, que vivimos en estos tiempos finales. 12 Así que el que piensa estar firme, mire que no caiga. 13 No os ha sobrevenido ninguna prueba que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser probados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la prueba la salida, para que podáis soportarla.

Lucas 13:1-9

1 En este mismo tiempo estaban allí algunos que le contaban acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos. 2 Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que los demás galileos? 3 Os digo: no, antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. 4 O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén? 5 Os digo: no, antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. 6 Dijo también esta parábola: "Un hombre tenía una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella y no lo halló. 7 Y dijo al viñador: "Ya hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera y no lo hallo. ¡Córtala! ¿Para qué inutilizar también la tierra?" 8 Él entonces, respondiendo, le dijo: "Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella y la abone. 9 Si da fruto, bien; y si no, la cortarás después"".

Introducción

En esta ocasión, le cuentan al Señor Jesús “acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos” (v. 1). Pilato, como gobernador de Judea, era el representante del Imperio Romano en esa región de Israel. Y por lo tanto, entre sus funciones, tenía que aplicar sanciones y castigos a quienes se revelaban contra la autoridad, es decir, aplicar justicia. Si esos hombres galileos murieron de aquella manera terrible –habrán pensado las personas que se acercaron a Jesús a contarle la historia–, era porque de alguna manera se lo merecían, porque algo malo habrán hecho.

1. La justicia de Dios revelada mediante la ley y el evangelio

Jesús piensa de manera diferente. Les explica que esas personas, que murieron de aquella forma terrible, no se debía a que “eran más pecadores que los demás galileos” (v. 2). A veces nosotros también tenemos problemas como cristianos para interpretar la justicia divina. Y esto nos cuesta, porque en primer lugar no sabemos diferenciar suficientemente entre la ley y el evangelio.

La ley, es la justicia y la santidad de vida perfecta que Dios nos demanda, exige y amenaza en los Diez Mandamientos: “No adulterarás, no robarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás los bienes ajenos, honra a tu padre y a tu madre, santifica el día de reposo, etc.” Si no lo hacemos perfectamente, Dios establece que pereceremos.

El evangelio de Dios, en cambio, es una buena noticia, porque nos habla de la justicia que Dios, en su amor y misericordia, nos consigue, regala y provee mediante Jesucristo, y con la cual nos viste en el bautismo. De manera que aquel que está perdonado por Dios, está también justificado, porque está cubierto su pecado y perdonada su culpa. ¿Qué debo hacer para ser salvo? Solo cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa, como le dijo el apóstol Pablo al carcelero de Filipos (Hch. 16). Esta misma fe es un don y regalo de Dios, y no una capacidad tuya. Por lo tanto, a pesar de ser un pecador, tal como revela la ley, eres salvo por la fe en el evangelio de Cristo. Podemos concluir entonces que el justo vivirá por la fe, y el pecador que no se arrepienta será condenado al fuego eterno.

2. Ley y evangelio y el arrepentimiento

En esto de la distinción de la ley y el evangelio, pueden suceder dos cosas: o bien has aprendido muy bien la ley, pero no sabes nada del evangelio, y eres un miserable legalista, o bien desprecias la ley y solo te quedas con el evangelio, con lo cual tratas de justificar aquello que debería darte vergüenza. Uno y otro extremos están equivocados, ya sea el legalismo por un lado, ya sea el antinomismo por el otro. La libertad que nos consiguió Cristo y que nos es revelado por el evangelio de la gracia de Dios, no es para pecar, sino para abandonar el pecado.

Pues en esto consiste el verdadero arrepentimiento: en sentir un hondo pesar por el pecado, y a la vez creer en el precioso evangelio de la gracia de Dios (o sea, de su buena y amistosa predisposición con respecto a nosotros). Luego, deben seguir la corrección y el abandono progresivo del pecado, es decir, en resistir al mal y a la tentación, en desistir y ahogar el mal que habita en mi carne (en mi ser), o al mal hábito que uno tenga.

Un ejemplo es el dejar de fumar. Pidiéndole a Dios en oración, y si nos proponemos de corazón, podremos hacerlo. Tendremos muchas tentaciones y recaídas. Pero lo importante es continuar intentando ahogar a este viejo hombre en nosotros, y así vivir el bautismo. Esto es solo un ejemplo. Antes de juzgar a quien fuga, cada uno debe hacer su propio examen de conciencia, y preguntarse a la luz de los Diez Mandamientos en qué está haciendo mal, o qué está dejando de hacer bien, para que, movido por el amor y el perdón de Dios, podamos rehacer nuestra vida, y busquemos enderezar aquellas ramas de la planta injertada que es nuestra vida, pues la misma ha sido injertada a Cristo en el bautismo.

3. Los frutos del arrepentimiento, frutos de la fe

Porque “si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (v. 3, 5). Jesús lo menciona dos veces, y con un ejemplo de su época, sobre una torre cercana al estanque de Siloé (el cual estaba ubicado el sudeste de la ciudad de Jerusalén), que se derrumbó y mató a dieciocho personas. Pero además, para que sus palabras nos resulten más enfáticas y claras, cuenta además la parábola de la viña.

Un hombre tenía un viñedo y, buscando frutos, no los halló; más el cuidador de la viña, pidió al dueño un año más de paciencia, si por ahí salía algún fruto, y si no, luego podría cortarla (v. 6-9). Para los primeros oyentes, esta viña representaba a Israel (Is. 5:1-7), más hoy día representa a la Iglesia, a cada uno de nosotros.

Dios espera de sus hijos frutos de justicia, y una vida de consagración a Dios y de servicio al prójimo, como testimonio del amor que Él nos tiene y de la salvación recibida. El cristiano no debe dar ricos frutos; el cristiano da ricos frutos. Pues lo mueve la fe, y produce de acuerdo al don que cada uno ha recibido. En unos, “el fruto del Espíritu es amor; en otros, es más el gozo, por el mismo Espíritu; en otros, lo será más la paz, la paciencia; en otros, la hospitalidad; en otros, el tener un espíritu manso; en otros, lo será más el dominio propio (la continencia). Contra tales cosas no hay ley... Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu” (Gl. 5:22-23, 25). Pues “ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación y, como fin, la vida eterna” (Ro. 6:22).

4. La oportunidad de un año más de gracia

Así que, querido hermano, este es un año de gracia más que te concede el Señor: úsalo para el bien, dando testimonio del obrar de Dios y de su gracia, con toda tu vida, con todos tus pensamientos y actitudes. No desprecien la predicación, antes bien congréguense con frecuencia, y acudan a la Santa Cena. Llaman a los hermanos que están desamparados o perdidos, e invítenles a la iglesia. No participen solo en tiempo de cuaresma, como queriendo con eso cumplir con Dios. Crece en la fe y en las buenas obras; persiste en la meditación de las Escrituras y en la oración. No anules la capacidad que hay en tí, no escondas el talento que hay en tus manos, sino ponlo al servicio del Señor en su santa iglesia. Sé un ejemplo de cristiano, no un cristiano al que le falta dar el ejemplo.

Conclusión

Y si en esto reconoces que al Señor le has fallado, de todas maneras cuéntale tus fallas, y pídele a través de esta oración: “Señor, ten piedad de mí, y acuérdate de mí: concédeme todavía este año, cava alrededor mío y abona mi tierra, para que, por tu amor y perdón, pueda alabarte y agradecerte con ricos dones. Amén”.